

A decorative border at the top of the page consists of a dense collection of white line-art symbols and icons on a light gray background. The symbols include stars, crescent moons, triangles, circles, arrows, and various abstract shapes, arranged in a pattern that tapers towards the center.

Capítulo 1

WIMBLEDON, Londres, después de la inundación.

Mientras observaba los árboles que habían sido dañados por la tormenta en la plaza principal, Meredith Marlowe jugaba con las cerezas que descansaban en una canasta en el lavabo y que alguien había dejado allí para escurrir. No podía comer una sola cereza sin pensar en aquel día en Mount Vernon. Los escalofríos seguían allí, como los efectos que le siguen a un chapuzón en el mar helado. Se sacudió de cuerpo entero para obligarse a volver al presente.

—No es época de cerezas, ¿sabías, Theo? —las cerezas eran un lujo agridulce para Meri. El placer siempre arruinado por esa maldita costumbre de recordarlo todo.

Theo Woolf quitó la vista de la sección de arte del periódico que estaba leyendo. Treintañero, de cabello rubio y pajoso, con un arete puntiagudo y ojos de un azul brillante; Theo no se parecía en nada a la idea que cualquiera tendría de un tutor serio y formal para una huérfana de diecisiete años.

—Pero también sé cuánto te gustan.

–¿Y qué hay del calentamiento global? –tomó un par de cerezas y se sentó frente a él en la mesa ya dispuesta para el desayuno–. ¿Había considerado eso, Señor Ecológico?

–Un racimo de cerezas españolas no será lo que acabe con este mundo.

Ella revoleó los ojos.

–Si te hace sentir mejor, iré a trabajar en bicicleta en lugar de llevarme el coche. Eso debería nivelar las cosas un poco.

–Siempre usas la bicicleta. Ya no tenemos coche, ¿recuerdas? –se habían deshecho de él el mes pasado, cuando Theo tuvo que admitir que no podía seguir afrontando los gastos que generaba.

–Ah, sí, pero escucha esto: iba a llamar un taxi, pero decidí no hacerlo.

–No creo que puedas medir tu impacto ambiental de esa manera.

Theo sonrió, dio vuelta la página del periódico y puso sobre la mesa un artículo que leyó con renovada concentración. Iba marcando la lectura con ciertos sonidos que salían de su boca.

–¿Qué sucede? –Meri se sirvió algo de jugo de manzana mientras admiraba el verde con motes dorados en su vaso. Las cosas más sencillas están llenas de muchos colores hermosos, solo tenemos que detenernos a mirarlas.

–Han recortado la subvención a la comunidad de cantantes del noreste. ¡Tenía que ser la maldita mafia de Birmingham! Adivina quién llamará a mi teléfono a primera hora esta mañana –Theo tenía una pequeña oficina de caridad que apoyaba movimientos que trabajaban en la construcción de lazos

comunitarios para fomentar la entrada de refugiados-. Los políticos no comprenden cuánto ayuda la música a que los nuevos puedan integrarse a nuestra comunidad... Desde coros de rock hasta ópera, todo juega una parte en el proceso.

-Siempre dices que eres la persona más rica que conoces por estar a cargo de un presupuesto de cinco millones de libras.

-Pero no olvides que luego aclaro que trabajo a cambio del salario más bajo, un salario que apenas alcanza para pagar la renta de nuestro pequeño apartamento.

La mayor parte del centro y el sur de Londres se había perdido luego de la inundación o solo era accesible a través de botes, por lo que las afueras de la ciudad se habían convertido en la opción más popular en el presente. Solo podían pagar aquel apartamento tan hermoso en el que vivían porque el propietario, un cantante de ópera retirado que vivía en el piso de abajo, era un viejo amigo de Theo.

Meri intentó no preocuparse por su precaria situación financiera.

-¿No puedes tomar algo de ese presupuesto para los cantantes?

-Tendré que olvidarme de esa opción. Ya he distribuido todo lo de este año.

-Estoy segura de que encontrarás una manera por demás diplomática para decirles que no. Es lo que siempre haces conmigo cada vez que te pido algo.

Él le revolvió el cabello con la sección de deportes del periódico.

-Qué insolente eres. Así que este es el respeto que

recibo de mi hija adoptiva de casi dieciocho años. Lo cual me recuerda lo siguiente... Sobre mi escritorio, tengo boletos para ir al Hammersmith Odeon este sábado. Tee Park estará tocando esa noche.

-¡Me encanta!

-Tuve que mover muchos hilos muy importantes para obtener esos boletos. Supuse que serían un buen regalo de cumpleaños. ¿Hay alguien a quien quisieras llevar contigo?

Meri había calculado una vez que los ingresos de Theo valían en realidad el doble de los billetes que recibía si contaban todo lo que conseguía de forma gratuita.

-No, a nadie.

-¡Vamos! Ya hace meses que vas a la escuela. Seguro tendrás algún amigo por ahí -bebió su café negro y entrecerró los ojos como reacción al sabor tan amargo. Meri sabía que le hubiese encantado un poco de azúcar, pero en este último tiempo habían decidido dejar de consumirla luego de que el precio se disparara y se fuera por las nubes.

-Ah, sí, me conoces tan bien... Yo y mi amplio círculo social.

-A tu edad, no creo que quieras pasarte los días conmigo y mis amigos.

Meri revolvió su cereal y le agregó unas cuantas bayas congeladas.

-Me gustan tus amigos.

-Pero ninguno de nosotros tiene menos de treinta años. Deberías estar sociabilizando con gente de tu edad.

Meri tuvo de golpe un pensamiento desagradable.

-¿Acaso estoy cortándote las alas, Theo?

A la corta edad de veinticinco años, su tutor había pasado

de repente de ser un estudiante libre y sin ataduras que se pasaba su tiempo preparándose para un Máster en Administración de las Artes a asumir el rol de tutor de una niña de cuatro años traumatizada. Eso implicaba tener que mudarse cada cierta determinada cantidad de años para asegurarse de que la niña estuviera a salvo, y también había implicado tener que entrenarla para que no contara nada sobre sí misma hasta que fuera lo suficientemente grande como para comprender la importancia de guardar su secreto. Theo no sabía la naturaleza exacta del peligro que la niña enfrentaba, pero dijo haber entendido lo suficiente para creer que los padres de la niña no estaban exagerando.

–No, Meri. No me estás cortando nada –Theo sonrió, satisfecho–. Las muchachas aman a un padre soltero con una niña tan bonita como tú. Y cuando se enteran de que en realidad soy tu padre adoptivo, piensan también que soy un santo.

–Ya no estoy en edad de ser una niña bonita. Y tú no eres un santo.

–Estoy de acuerdo con lo segundo, pero no te va tan mal en eso de ser adorable. Ahora, es verdad que recibo muchos elogios por haberme hecho cargo de una adolescente. Es considerado un trabajo mucho más duro que el de limpiar el río de contaminantes, por ejemplo.

Meri sonrió.

–Apuesto a que le sacas el mayor de los provechos.

–Me conoces tan bien...

Ambos quedaron sumidos en un silencio compartido. Meri terminó su cereal y su jugo de manzana mientras leía por encima los titulares: movimientos masivos de refugiados

climáticos, informes sobre las ciudades que se habían perdido luego de alguna inundación o desertificación, guerras por la apropiación de recursos naturales... Había muchísimas noticias sobre los Estados Unidos, pero no del tipo que ella esperaba, no el tipo de “personas que habían estado perdidas fueron encontradas”. Su cumpleaños se acercaba, y sus padres volverían a perderlo.

–Theo... he estado pensando mucho en ese día últimamente... ¿Por qué crees que se fueron sin mí?

A juzgar por el dolor en su expresión, Theo supo exactamente qué era lo que Meri le estaba preguntando.

–No te abandonaron. Al menos no fue esa su voluntad.

–Tú crees que están muertos, que los han matado –él siempre se lo había dicho. Solo algo tan terrible como eso hubiese evitado que sus padres salieran a buscarla, le había dicho. Habían dedicado sus vidas enteras a su hijita-. Pero nunca nadie encontró sus cuerpos.

–Bueno, pero hay un río justo junto a Mount Vernon, Meri. Y también habían emitido esa alerta terrorista falsa. Todo el personal involucrado en la persecución desapareció de la nada. No sería muy difícil deshacerse de dos cuerpos en esa zona. Supongo que podría disimular y permitir que te ilusiones con la idea de que vuelvan algún día, pero creo que la falsa esperanza es la peor de todas. Me juré a mí mismo que jamás te mentaría.

Pero no habían sido solo “cuerpos”. Habían sido su papá y su mamá. Eso le resultaba abrumador. Sin embargo, Theo siempre había sido muy directo al hablar con ella, por lo que Meri hizo un esfuerzo y pasó por alto el detalle.

-¿Y qué fue lo que los mató entonces?

-Lo mejor que se me ocurre es que se hayan visto involucrados en algún ataque de crimen organizado. Tu madre mencionó por teléfono que estaban en problemas con viejos enemigos.

-Los perilos.

-Me da a pensar que podría ser una pandilla... Pretenciosa, que intenta infundir miedo en los demás. Los busqué, pero no encontré nada sobre ellos en internet. Supongo que la Wikipedia no lo sabe todo.

De haber sido una pandilla, habría sido la pandilla más rara de todas: una actriz, un par de guías turísticos y jardineros, poco parecido a la mafia. Siempre se había preguntado si sus recuerdos no se habrían mezclado con sus sueños sobre aquella última salida familiar y si tal vez nada de todo aquello había sucedido en realidad. La piel incandescente no parecía algo lógico sino más bien una alucinación magnificada por una fiebre. Se había convertido en algo difuso y surreal, y todo bañado de aquel color que solo ella podía ver.

-¿Y tú crees que yo sigo estando en peligro?

Theo suspiró.

-¿En verdad quieres hacer esto ahora? ¿En serio? Tienes que tomar tu autobús en diez minutos, y yo ya tendría que haberme ido de casa.

Meri asintió con la cabeza, mientras ponía en su lugar el plato de mantequilla, la olla con perejil y el tarro de miel orgánica que a Theo le gustaba sobre su pan tostado.

-Muy bien. Las cartas sobre la mesa entonces. No sé con certeza si *no* estás en peligro, que no es lo mismo. Han

pasado ya muchos años. Catorce, para ser exacto. Si hubiese habido alguna especie de *vendetta*, hoy todo eso ya sería historia. Les prometí a tus padres que te salvaría para que pudieras vivir una vida larga y feliz. Tal vez sea hora de que tú empieces a hacer la parte que te toca –Theo se puso de pie y recogió su bolso–. Así que el *Theoconsejo* del día es que salgas allí fuera y comiences a vivir tu vida. Has amigos, arriésgate un poco, pero no tanto –le sonrió–. Has lo que te digo y no lo que yo hice a tu edad.

–No estoy segura de saber cómo hacer amigos –confesó Meri.

–Solo sé tan sarcástica como eres siempre. Eso ahuyentará a los débiles, pero debería reducir la lista a unos pocos compañeros que valgan la pena y que sepan valorar a una sabelotodo sarcástica y graciosa. De acuerdo con mi propia experiencia, eso será todo lo que vayas a necesitar.

–Dios mío... ¡Gracias, Theo! Tu confianza en mi encanto me reconforta.

–¿Lo ves? Estarás bien. El nuevo año escolar recién comienza. Todavía puedes tener un buen comienzo. Veamos cómo te va hoy.



Meri recordó el consejo de Theo solo luego de haber elegido el mismo asiento de siempre en el autobús, en el piso inferior, a la mitad, junto a los viejos pensionados, y no en el piso superior, con el resto de los niños de su edad que iban a la escuela. Ese no era el nuevo comienzo que había planeado.

–Disculpe –le dijo con una sonrisa a la señora de contextura diminuta y cabello gris y encrespado que se sentaba a su lado cada mañana. Pasó delante de la anciana y se dirigió al primer piso del autobús justo cuando este tomaba una curva, lo que provocó que casi saliera despedida por una de las ventanillas. Una mano la atrapó por detrás y la ayudó a recuperar el equilibrio–. Gracias –miró a su alrededor y le sonrió al muchacho alto y moreno que ya había visto en la sala común. Recordaba que el muchacho tenía un nombre muy largo... Adetokunbo, según el registro; pero todos lo llamaban Ade. Le quedaba bien y encajaba justo con su gran presencia.

–No hay problema, Ratoncita –respondió Ade, y le dedicó una amplia sonrisa. Con una barba cuidadosamente recortada y delineada y un bigote, todo en un solo bloque, era uno de esos muchachos que ya aparentaban ser demasiado grandes para ir a la escuela.

Meri se sonrió cuando la llamó así. En la escuela, la comenzaron a llamar Ratona Marlowe luego de que se ganara la reputación de arrastrarse dentro y fuera de clase sin llegar a hablar con nadie. Los viejos hábitos son difíciles de deshacer. Ella solo era ella misma con Theo. Sin embargo, su tutor tenía razón: Meredith ya no quería ser esa ratoncita. Había llegado la hora de un cambio. Una vez que llegó al primer piso del autobús, buscó un lugar para sentarse. Había dos asientos dobles libres cerca del frente, así que eligió uno junto a la ventana del frente. La niña *compu-punk* sentada del otro lado del pasillo le tocó el hombro. Los aretes que tenía dispuestos en hilera uno al lado del otro en la oreja destellaron todos al mismo tiempo.

–No quieres hacer eso –le dijo mientras sacudía la cabeza. Como guiño a su atuendo inspirado en la informática, uno de sus aretes era un pendrive. Era gracioso imaginarse todos esos terabytes ocupando el lugar de joyas improvisadas.

–Disculpa... ¿Qué?

–Ese es el asiento de Ade –dijo una nueva voz detrás de ella. Ade estaba de pie en el pasillo. A su lado, dos muchachos que lo acompañaban: Kel y Lee, si recordaba bien. Lee había sido el de la advertencia.

–¿Ahora tenemos asientos asignados? –Meri odiaba que se le hablara en ese tono-. Y yo que creí que este era el transporte público.

–Te recomiendo que busques otro lugar en la parte de atrás –siguió Lee. Tenía un rostro pálido y angular, cabello castaño despeinado y ojos de un verde grisáceo con los que ahora la miraba fijamente. A Meri enseguida se le ocurrió que se parecía mucho a los viejos actores de Hollywood en esas películas de vampiros de la primera década del siglo que ahora siempre repetían por televisión. Hollywood mismo ya había desaparecido unos pocos años atrás, por supuesto, luego de todos esos incendios incontrolables. Ahora el Nuevo Hollywood en Colorado se dedicaba a hacer solo películas sobre desastres naturales, y los actores de rostros más amables terminaron por quitarles el trabajo a los vampiros-. Anda... Muévete.

Meri se cruzó de brazos y se quedó allí donde estaba.

Ade colocó una mano sobre el hombro de su amigo.

–Lee, no te preocupes. Ocuparemos los asientos de atrás por hoy.

Meri no pensaba pasar esto por alto muy fácilmente.

–Lee, dime... ¿Tienes algún memo por parte del alcalde que diga que la primera fila está reservada para tu amigo? Supongo que se olvidaron de darme uno a mí también. Vas a estar muy ocupado deshaciéndote de todos esos niñitos que disfrutan de hacer ruidos de motor con la boca y simulan ser los que conducen el autobús. Sus mamis y papis estarán muy complacidos si les arruinas el día.

Ade sacudió la cabeza mientras miraba a Lee y luego se sentó detrás de Meri. Lee se sentó a su lado sin decir una sola palabra más; y el otro asiento al frente quedó libre para el tercer muchacho, el rubio que se había quedado callado. Él también se sentó, y tuvo que separar las piernas para poder caber en el asiento, por lo que el espacio de Meri junto a la ventana quedó reducido a unos pocos centímetros. Meri lo reconoció: lo conocía de clase; un poco, porque había pasado demasiado tiempo mirándolo desde el otro lado del salón creyendo que él no se daría cuenta. Era un excelente artista.

Meri supuso que aquel intercambio con esos dos muchachos no era lo que Theo había tenido en mente cuando le habló de cómo hacer nuevos amigos, a menos que la mayoría de las amistades comenzaran fastidiando y ofendiendo a las personas involucradas.

Ade le acomodó un mechón de su cabello suelto que colgaba sobre el respaldo de su asiento.

–Jamás te había oído hilar dos palabras juntas... ¿Qué le sucedió a la Ratoncita?

–Ella jamás existió –Meri bajó el mentón, sintiéndose incómoda ahora que había ganado aquella pequeña batalla.

¿Cómo no iban a ser unos engreídos si todos los otros niños en el autobús se habían corrido de su camino sin decir una sola palabra durante semanas? Sin embargo, era desconcertante para Meri estar tan cerca de los muchachos de los que acababa de burlarse. Podía sentir el calor viniendo del cuerpo del que estaba sentado a su lado, el perfume del jabón que seguramente había usado aquella mañana, tan diferente del perfume a talco de la anciana en el piso de abajo. Había algo intenso sobre su vecino de asiento, la hacía sentir como si estuviese sentada sobre las luces altas de un coche encendido.

–No debería hablarte así, Ade –murmuró Lee.

–¿Por qué no? No soy su jefe. Necesitas relajar un poco, Lee, o la gente comenzará a pensar que somos unos idiotas.

Meri no pudo resistirse a hacer un comentario.

–Demasiado tarde para eso.

El muchacho sentando a su lado se rio, pero inmediatamente simuló estar tosiendo.

–Te odio –dijo Lee.

Segundo round.

–Ups... Creo que alguien aquí está en esos días del mes –se dio vuelta para mirar a Lee a los ojos–. Para tu información, la ciencia ha confirmado que, una cierta cantidad de días al mes, los varones suelen volverse aún más imbéciles... Nada que ver con el síndrome premenstrual femenino, claro.

¿Qué estaba haciendo?

Lee no tuvo ningún problema en decirle dónde podía meterse sus comentarios.

–Suficiente, Lee. Discúlpate con la Ratoncita –ordenó Ade con tal autoridad en su tono de voz que Lee llegó

a murmurar algo que podría haber incluido las palabras “lo siento”.

Meri se encogió de hombros y simuló estar interesada en la vista desde su ventanilla. El viaje en autobús no era muy largo, pero había demasiado tráfico y solía ser más práctico siempre ir a pie. Midió el progreso del autobús siguiendo con la mirada a un muchacho en ropa deportiva que estaba paseando su perro. Sí: era más rápido caminar, siempre y cuando supieras dónde estaban los refugios de emergencia. A medida que pasaban los minutos luego del pequeño altercado con Lee, se encontró observando otra vez a su compañero de asiento. En contraste con la energía tormentosa del Conde Imbécil en el asiento de atrás, Meri hubiera jurado que Kel irradiaba una especie de luz. Era una idea estúpida, por supuesto. Probablemente una asociación con sus cabellos color miel que parecían ondear en todas direcciones, como si no tuvieran que cumplir con la ley de gravedad. Estudió su reflejo y decidió que tenía un rostro inusual aunque bonito. Tal vez no tan deslumbrante como sus dos amigos, pero había una intensidad en la línea de su mandíbula y su nariz aguileña. ¿De qué color eran sus ojos? El reflejo no llegaba a darle una respuesta clara. No es que importara. Después de hoy, no iba a cometer el error de volver a sentarse en el frente del autobús.

—¿Cuál es tu nombre? Supongo que no es Ratoncita.

Le estaba hablando a ella. Maldición, no habría notado cuando se lo quedó mirando... ¿o sí? Admitirlo sería caer muy bajo.

—Soy Meredith Marlowe.

–Gusto en conocerte, Meredith. Yo soy Kel Douglas. En realidad, mi nombre es Kelvin; pero jamás perdonaré a mis padres por ello.

Estuvo a punto de agregar que sus amigos la llamaban Meri, pero enseguida tomó conciencia de que en realidad no tenía amigos.

–Ah... Sí... Encantada.

–Estamos juntos en la clase de Arte este semestre.

–Lo sé.

Él hizo una pausa, pero ella no expandió mucho más su comentario.

–No te gusta mucho conversar, ¿cierto?

–No –tal vez en otra época, sí; pero había aprendido a callarse la boca.

–No importa... Un gusto haberte conocido.

–Y yo a ti.

Fue una conversación un tanto formal y un tanto incómoda también, el tipo de conversación que se tiene cuando te debes presentar ante un extraño, no ante alguien a quien ves por los pasillos de la escuela todos los días. Meri se preguntaba si había algo que pudiera decir para verse como una chica más o menos normal.

–Y, ah... ¿Te gusta el arte?

–¡Sí habla! –Kel se dio la vuelta otra vez para mirarla y le sonrió. El poder de esa sonrisa fue suficiente para voltearla; hasta se hubiese caído al suelo de haber estado de pie. Muy bien, eso fue un tanto exagerado, pero su sonrisa era simplemente extraordinaria–. Sí. Me gusta hacer cosas... Con la cerámica más que nada. ¿Y a ti te gusta?

–Pintar. Me gusta pintar –gracias a Dios, el autobús estaba acercándose a la parada donde les tocaba descender. Todos los estudiantes comenzaron a amontonarse en el pasillo.

–Te veo al rato entonces... en la clase de Arte.

–Sí –Meri esperó a que Kel se fuera con sus dos amigos antes de bajarse–. Eso sí fue incómodo –murmuró para sí misma.



Kel observaba a la muchacha en el salón de Arte desde su rincón junto al torno de alfarero. Se había colocado los lentes sobre su cabeza y estaba concentradísima en su lienzo. Era una pintura abstracta y se veía increíble: un conjunto de puntos diminutos en una serie infinita de diferentes tonos de azul. No resultaba fácil descifrar cómo lo había logrado, pero cuando uno estaba situado a la misma distancia que Kel podía apreciarse el efecto completo de las pinceladas, como si fuesen píxeles que se convierten en una foto. Se parecía a la ola curva en la obra de Hokusai, pero regida por los principios de perfecta proporción de la serie de Fibonacci. Meri tenía un boceto junto a su caballete con el diseño del espiral. Eso le gustó. Sus propios platillos de cerámica blanca aspiraban a esas mismas líneas, la naturaleza bajo control; no como ese mundo de allí fuera que los humanos habían arruinado.

Con la tanza, Kel cortó y retiró la pieza a la que acababa de dar forma en el torno de alfarero. Nunca antes había pensado tanto en Meredith Marlowe. La muchacha se había quedado

en el fondo del salón, siempre vestida con colores apagados y casi siempre escondida detrás de esos lentes gruesos y de montura oscura demasiado grandes para su pequeño rostro. No fue hasta que ella se acercó a Lee con sus comentarios mordaces que su interés se disparó. Cómo le molestaba la actitud de su amigo, siempre tratando de sacar provecho de su posición de privilegio. Desde que lo habían nombrado escolta personal de Ade el mes anterior, Lee parecía haberse olvidado de que la otra parte vital de su rol era ser sutil y lograr desviar cualquier tipo de atención inoportuna lejos del príncipe. Ade iba a tener que hablar con él más tarde.

–Kel, eso es simplemente maravilloso –la profesora de Arte, la señorita Hardcastle, se acercó y se detuvo a su lado–. No sé cómo haces para que se vea tan perfecto. Casi podría uno pensar que lo hizo una máquina y no un ser humano.

–¿Le parece? –sonó desganado. Ese no era el efecto que Kel esperaba lograr. Lo quería puro, no inhumano.

–No, no, no es una crítica. Es genial, de hecho. Y suelen salir más blancas que las otras piezas que dejamos en el horno. Eso tampoco lo comprendo.

Todo aquello tenía que ver con lo que él era en verdad. Sus manos eran capaces de blanquear objetos si se concentraba lo suficiente; era una canalización natural de su energía UV personal. Todos los de su especie absorbían esa energía de lo que los rodeaba y sabían liberarla una vez que aprendían a tener el control.

–Será mi toque mágico entonces.

La profesora rio.

–Ya lo creo. Muy bien. Lleva esta pieza al horno. Lo estás

haciendo muy bien. También asegúrate de tener actualizado tu libro de arte con tus notas y observaciones.

Inspirado por el famoso alfarero británico que tenía un show en el New Tate en el Alexandra Palace, Kel estaba ideando una pared en la cual exhibir sus cuencos blancos sobre estantes hechos de madera reciclada.

–Haré algunas ahora.

–Entonces te dejaré que sigas con lo tuyo.

La profesora se alejó y se dirigió a hablar con Meredith. Su rostro se veía menos feliz ahora que observaba el lienzo de la muchacha. Kel podía oírle quejarse de que no llegaba a ver lo que Meredith estaba intentando lograr ni tampoco comprendía sus influencias. De verse feliz observando su obra a solas, Meredith ahora solo se limitaba a escuchar, cabizbaja. Kel paró la oreja disimuladamente mientras se lavaba las manos en el lavabo.

–¿Qué vas a decir en la presentación de tu proyecto cuando debas hablar de lo que te inspiró, Meredith? No estoy segura de que los examinadores vean la gracia de cientos de puntos de un mismo color sobre un lienzo.

–No son de un mismo color –Meredith se había recogido su cabello castaño con un pañuelo para que no le molestara. Ahora que se había comenzado a irritar más y más, unos mechones comenzaban a soltársele. Estaba inquieta.

–De cerca, no se ve la diferencia. Hace que me ponga bizca. ¿Qué escuela de arte crees que estás siguiendo aquí?

–Ninguna. Estoy pintando algo que puedo ver en mi cabeza.

–Pero eso no es suficiente para lograr la máxima

calificación. Mira... ¿Por qué no piensas en las obras que los otros alumnos están haciendo y estudias un poco sus proyectos? Kel está haciendo uno de cerámica muy interesante, por ejemplo. Puedo ver que tienes una visión aquí, pero es que no creo que la ejecución de esa visión le esté haciendo justicia.

La señorita Hardcastle estaba equivocada. Estaba exquisitamente logrado y era técnicamente impecable. ¿Por qué no podía verlo?

–Muy bien, señorita –Meredith dejó su pincel sobre la mesada y se limpió los dedos con un trapo–. ¿Qué se supone que haga con esto ahora?

Kel estaba decepcionado. ¿Por qué no estaba defendiendo su obra? Aquella muchacha sarcástica del autobús había desaparecido.

–Tienes tiempo para comenzar otra vez. Pinta encima si prefieres. Los lienzos buenos cuestan demasiado dinero.

Meredith desvió la mirada y miró por la ventana. Observó los tejados de los apartamentos ubicados frente a la escuela. Se la veía algo perdida y bastante golpeada por la crítica. A Kel esa imagen le partió el corazón.

–¿Me la puedo llevar a casa?

–Si lo prefieres... ¿Crees que tus padres podrán pagar un lienzo nuevo? El presupuesto de la escuela es muy escueto y bien sabes de los controles estrictos que hay en cuanto a los recursos últimamente.

–Le preguntaré a mi tutor –Meredith tragó saliva.

–Lo siento... Sí... Padre, tutor o encargado, quise decir –la maestra la consoló con una palmada incómoda–. Y no te

preocupes por haberte equivocado. Tú vienes aquí a aprender. Si yo fuese la que decide, tendríamos una fila infinita de suministros con los que jugar, pero los recortes del gobierno hacen que no pueda darme ese lujo. Son racionados, como todo lo demás en este mundo de hoy en día.

Una sirena se disparó en la calle y las cortinas metálicas de las ventanas se cerraron casi inmediatamente. Los paneles solares se activaron y las luces de emergencia se encendieron.

–Parece que es otro frente de tormenta, señores –anunció la señorita Hardcastle mientras observaba su reloj–. Pero también es el final de nuestra clase. Pueden quedarse aquí durante el receso si lo prefieren. Yo me iré a tomar una taza de delicioso café artificial en el refugio del personal –sonrió, algo afligida–. Y pensar que daba por sentado que los granos de café de verdad existirían para siempre cuando tenía la edad de todos ustedes. Nos vemos en la próxima clase.

Kel terminó de guardar sus cosas, sin dejar de mirar a Meredith. Su postura era tan reveladora; era casi como si pudiese escuchar lo que estaba pensando mientras que seguía con los ojos clavados en el lienzo. Había quedado devastada luego del cruel veredicto de su profesora, en especial porque se había sentido muy orgullosa de su trabajo hasta ese instante. De pronto, tomó un pincel de los grandes y lo empapó con el azul más oscuro en su paleta. Kel supo lo que la muchacha iba a hacer antes de que lo hiciera.

Se llevó uno de los pupitres por delante, pero llegó justo a tiempo para tomarla de la muñeca y evitar que estampara el pincel embadurnado de azul oscuro sobre su obra.

–No lo hagas.

Sus ojos color verde marino brillaban con furia. Kel no había notado el color intenso de esos ojos hasta ese instante. Podía ver la energía que irradiaban.

–¿Por qué no? Ya la oíste. Es basura.

–No es basura. Es hermoso –le respondió mientras la sujetaba bien fuerte de la muñeca, aunque podía sentirla haciendo fuerza para liberarse.

–Eso no importa. Theo no podría jamás pagar un lienzo nuevo.

–¿Quién es Theo?

–Mi tutor –Meredith quería deshacerse del cuadro. Forcejeó para librarse de Kel y arruinar su obra.

–Escucha, Meredith. Me gusta. Te lo compro.

Eso último la tomó por sorpresa. De un segundo a otro, cedió y dejó que el muchacho le quitara el pincel de la mano.

–¿Con qué?

–Con dinero. ¿Qué más? No con mi cuerpo. Todavía tengo mi orgullo –bromeó él. Y también tenía su salario como escolta de Ade.

–Así que eres gracioso –ya sin el pincel en su poder, él le soltó la mano.

Se le acercó. Quería hacerla sonreír otra vez.

–¿Acaso dudas de mis habilidades en esa área?

Meri se sonrojó y tuvo que desviar la mirada. Él supuso que eso significaba que Meredith no era de las que coquetean, pero se sintió gratamente sorprendido cuando sí lo hizo.

–No tengo idea de cuánto puedas valer tú en el mercado, Kel, pero aceptaré tu pago... en efectivo.

–Muy bien –sonrió él–. ¿Cuánto?

El número que dio Meri era el valor exacto de lo que saldría un lienzo nuevo. Él respondió ofreciéndole el doble de esa cifra.

Meredith dijo que no con la cabeza.

–No creo que estés familiarizado con el concepto del regateo. Se supone que tienes que ofrecer un precio menor, no mayor.

Vaya, era muy linda cuando se ponía seria con él. Volvió a doblar la cifra.

Ella levantó la mano.

–Detente, detente, ¡estás loco! Bien, aceptaré el primer precio. Y confiaré en que me pagarás, así que puedes llevártelo hoy mismo si así lo prefieres –se dio media vuelta para mirar la obra una vez más, bajándose los lentes para poder observarla mejor–. No quiero volver a verla.

La tormenta llegó justo como lo habían anticipado, cinco minutos después de la sirena. Las gotas de lluvia rebotaban en el techo y era casi imposible oír algo de lo que se decía en el salón. Las calles y el patio de la escuela pronto estarían cubiertos de agua, y los desagües ya parecían no dar abasto.

Kel recogió el lienzo y se lo llevó cerca del torno de alfarero, que se había convertido en su sector en el salón de arte. No iba a dejarla sola con aquella pintura.

–Esperaré a que la tormenta se detenga. No quiero arruinar mi nuevo cuadro.

–Como tú quieras –ella simuló no preocuparse, y se preocupó en cambio en limpiar su área, por guardar los pinceles en el solvente.

–Y en verdad es muy bueno. No sé por qué la profesora no pudo verlo. Una curva perfecta.

Meredith se mordió el labio inferior, tímida.

–¿Lo crees?

–Lo creo.

Recogió su bolsa y se dio media vuelta para retirarse.

–Soy Meri.

–¿Disculpa?

–No es que antes te haya mentado. Es que me dicen Meri.

Meredith me suena a anciana.

–Meri –Kel pareció saborear el nuevo nombre en su boca. No sentía, sin embargo, que aquel sobrenombre le quedara bien a la muchacha callada y sarcástica que tenía enfrente, pero se quedaría con eso si era eso lo que ella quería–. Nos vemos, Meri.



Con el patio hecho un pantano después de tanta lluvia, la práctica de deportes de la tarde se mudó al interior de la escuela. La mayoría de los alumnos del sexto año prefirieron irse a casa, dado que la clase no era obligatoria; pero a Kel le gustó la idea de ejercitarse un poco. Se preguntó qué iría a hacer Meri. Hubiera apostado todo su dinero a que ella también decidiría irse a casa. Cuando no la vio entre las muchachas que jugaban al baloncesto, supo que había estado en lo cierto.

Ade se preparó para dar su primer golpe con el bate.

–Lánzame ahora –ordenó.

Kel tomó carrera y lanzó la pelota. Ade llegó a darle con su bate, pero la bola fue directo a un mal ángulo. Ade lanzó una maldición.

–Te habrías tenido que retirar si este hubiera sido un partido de verdad –le dijo Kel, mientras juntaba la bola de críquet y la limpiaba contra su pantalón.

Los ojos oscuros de Ade se clavaron en él, atravesando la malla de alambres de su casco.

–Otra vez.

La segunda bola le pasó de largo y dio contra el palo del medio.

–Maldición, Kel. ¿No puedes esperar a que entre en calor primero?

–Entendí que habías dicho, y cito: “Lánzame ahora”.

–Bueno, pero quise decir “lánzala despacio, que aún estoy entrando en calor”. Todos sabemos que ustedes, muchachos aristocráticos, siempre son superiores.

–Muy bien. La próxima la haré rodar por el suelo entonces.

–Ja, ja, ja.

–No importa. Estaba pensando en abandonar antes de la próxima temporada.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Mis obligaciones ocupan prácticamente todo mi tiempo.

–Kel, soy tu amigo, no una prisión. Cuando te trajeron para que estuvieras conmigo, creo que no esperaban que te lo fueras a tomar tan seriamente.

Kel rotó el brazo, preparándose para el siguiente lanzamiento.

–¿Por qué no? Sabes lo que esto significa para mi gente.

–Sí, pero no es que haya cientos de personas haciendo fila para asesinarme tampoco. ¿Cuándo fue el último ataque atlante? ¿Diez años atrás?

Catorce años. Kel incluso sabía la cantidad de días habían pasado desde aquel último ataque, ya que ese había sido el ataque en el que su madre había perdido la vida.

–Pero eso no quiere decir que no haya quedado ninguno suelto allí fuera. Tú sabes que es por eso que tú y los miembros de tu familia están distribuidos por todo el planeta.

–Entonces uno o dos de nosotros podría sobrevivir contra viento y marea. Bien, lo entiendo. La parte de la marea ya no es graciosa si pensamos en que el nivel del mar se ha estado descontrolando en el último tiempo.

Kel lanzó una bola, pero esta vez lo hizo muy suavemente para que Ade pudiera acertar.

–¿Mejor así?

–Sí.

–¿Hablarás con Lee sobre lo que sucedió esta mañana?

–Ya lo hice.

–El trabajo se le ha ido a la cabeza.

–No sé por qué... Protege a un muchacho que podría o no un día ser quien gobierne a un pueblo esparcido por todo el planeta... Y uso la palabra “gobernar” en el sentido más vago de la palabra, porque te apuesto lo que quieras aquí mismo que ninguno de ustedes hará caso a lo que yo diga. No es algo de lo que tenga ánimos de alardear de todos modos.

–Lee no piensa igual. Él cree que nuestra civilización es superior y que, por lo tanto, debe ser preservada a toda costa.

–Él siempre exagera cuando se trata de tradición.

–Eso es justamente lo que nos ha mantenido unidos durante los siglos de los siglos.

–Sin presión entonces.

Un silbato sonó y el profesor gritó desde la otra punta del gimnasio.

–¿Ustedes dos, viejas chismosas, se van a quedar ahí hablando todo el día o van a, ya saben, jugar al críquet?

–¿Ves ahora el respeto servil que recibo? –dijo Ade, de mal humor.

–Sí, su alteza –murmuró Kel.

Más tarde, en el vestuario, Kel se quedó bajo el agua caliente, meditativo, pasándose el jabón por todo el cuerpo. Aún no había nada para ver. Era hasta simpático pensar que allí escondidas estaban sus marcas tribales, marcas reproducidas en su raza durante miles de años de selección artificial. Él ya sospechaba cómo serían. Su padre era un espiral y su madre había sido una hoja, pero el espiral solía resultar predominante en el lado masculino. Pronto las marcas comenzarían a dejarse ver cuando estuviese en combate o en cierto estado de emocionalidad intenso, visible solo ante los ojos de los otros que eran como él. Era la marca real de la adultez para la gente de su especie, y no se aguantaba las ganas de que le llegara la hora.

Se ató una toalla alrededor de la cintura mientras se salía de la ducha descalzo para sentarse en el banco junto a Ade. Las marcas de Ade, claro, ya se habían hecho visibles a muy temprana edad. Tenía tan solo trece años cuando las marcas con forma de caparazón de tortuga distintivas de la casa gobernante se habían dejado ver. En esa familia, todo

sucedía con anticipación. El promedio para la aparición de las marcas era entre los dieciocho y los veinte años.

–Hoy compré un cuadro –dijo Kel mientras se colocaba una camiseta.

Ade levantó la mirada.

–¿Hablas en serio?

–Sí. Se lo compré a la Ratoncita. La profesora le había dicho que era una porquería, y la compré justo antes de que fuera a destruirla.

Ade se pasó ambas manos por su cabello corto, intentando quitar el remanente de agua luego del baño.

–¿Y era una porquería o no?

–¿Por qué compraría algo que es una porquería?

–No creas que no vi que la Ratoncita tiene sus puntos a favor.

–¿Qué? ¿Sarcasmo y ropa holgada? –eso no había sido justo. Sus ropas eran perfectamente aceptables, solo que muy aburridas y calculadas para ocultar cada centímetro de su figura.

–Bien, entonces no es una porquería. Y ¿por qué lo compraste?

–Porque es brillante. Tan sutil... Te lo mostraré más tarde. Lo gracioso es que la profesora no pudo verlo. La definición del color se la pasó completamente por alto. Claro, está al borde de lo que la gente común puede percibir, pero yo llegué a verlo muy claramente. Tiene que ser muy irónico que la persona con peor visión en esa clase sea la mismísima profesora de Arte. Estoy seguro de que muchos otros habrían podido verlo.

Ade se tomó un momento.

–¿Tú sí sabes que esa visión es una de nuestras marcas distintivas, verdad?

–Eso es lo que estaba comenzando a preguntarme. ¿Crees que ella podría ser uno de los perilos perdidos? –así les decían a quienes habían nacido fuera de su comunidad, tal vez en esas raras ocasiones en que alguno se casaba o tenía un hijo con una persona que no llevaba su mismo código genético.

–Me parece que vas a tener que investigar un poco más. Si sus marcas se hacen visibles y ella no sabe lo que eso significa, se podría sentir muy confundida; y los doctores van a mostrarse muy interesados, creerán que está alucinando... hasta que la iluminen con una lámpara de rayos UV y se vuelvan locos con tantas especulaciones. No puedo contar las horas que nos hemos pasando modificando archivos oficiales para ocultar estos lapsos en nuestra seguridad.

–No hay marcas. Pude ver sus brazos porque llevaba mangas cortas.

–Aun así, podrían aparecer en cualquier momento. Vale la pena estar atentos.

–Creo que fue separada de sus verdaderos padres al nacer. Habló de un tutor.

–Entonces mantente cerca y averigua todo lo que puedas sobre ella. Es probable que figure en nuestra base de datos. Investigaré su nombre esta noche y veré si hay algo que quizás ya sepamos de ella.

–¿Y si es una de nosotros?

–Entonces, cruzaremos ese puente cuando sea el momento. Tal vez solo tenga una visión UV excepcional. No sería la

primera vez, aunque suelen ser niños muy pequeños, y solo dura muy pocos años. Eso nos resulta útil, porque podemos disfrazar con facilidad lo que ven y hacerlo pasar por una fantasía infantil. Ellos mismos terminan por creerlo también.

–Sin embargo, usa gafas –dijo Kel frunciendo el ceño–. No cuando pinta... ¿Qué significará eso? ¿Será miope?

–Tendrás que averiguar eso. Considéralo parte de tus obligaciones. Ahora vayamos a buscar esa nueva adquisición. Me gustaría ver lo que ves... y luego volveremos al cuartel principal. Esta noche tenemos entrenamiento.

–Sí, señor.

Ade lo golpeó suavemente en el estómago.

–No me digas *señor*.

Kel sabía exactamente cómo molestar a su mejor amigo.

–No, señor. No lo llamaré *señor* otra vez, señor.

–Haré que te asignen a mi primo en Groenlandia si no te detienes ahora.

Ade jamás le haría algo así.

–Oigo y obedezco... señor.

Ade se ató los cordones de sus zapatos.

–¿Sabes si los príncipes aún pueden ordenar ejecuciones inmediatas?